



CAPÍTULO XXIII

LA DEVOCIÓN. — TERMINA EL CAPÍTULO ANTERIOR

I

Si la devoción nos es tan necesaria para caminar alegres y esforzados por las sendas del Señor; si llena nuestras almas de tanta dulzura, y nos franquea con espléndida largueza sus riquísimos tesoros; tendremos que hacer cuanto podamos á fin de adquirirla: ¿cuáles son los medios para esto? Examinemos qué es lo que la produce en nuestras almas, cuál es su causa. Tal es el objeto de este capítulo.

La causa extrínseca y principal de la devoción es Dios, de quien dice San Ambrosio que llama á los que se digna llamar, y á quien quiere hace religioso; y si hubiera querido habría hecho á los samaritanos devotos de indevotos. La causa intrínseca por nuestra parte, es indispensablemente la meditación ó la con-

templación; pues siendo la devoción cierto acto de la voluntad para que el hombre se entregue prontamente al obsequio divino, ese acto tiene que proceder de alguna consideración; porque el bien entendido es el objeto de la voluntad.

Por esto dice San Agustín: La voluntad nace de la inteligencia. La meditación es por lo mismo causa de la devoción, pues por aquélla el hombre concibe el entregarse al obsequio divino, á lo cual le inducen dos consideraciones: Primera, la bondad divina y sus beneficios. Es bueno para mí, decía David, unirme á Dios y poner en Él mi esperanza. Este pensamiento excita el amor, que es la causa próxima de la devoción. Segunda, la consideración de nuestros defectos, por los cuales necesitamos apoyarnos en Dios Nuestro Señor, según estas palabras del Rey Profeta: Levanté mis ojos á los montes de donde ha de venirme el socorro; mi socorro viene del Señor, que hizo el cielo y la tierra. Esto excluye la presunción que impide someternos á Dios, y que impide que nos apoyemos en nuestra propia virtud (1).

Antes de pasar adelante veamos cuán noble es por causa de su origen la devoción: es una gracia que sale de los tesoros de la bondad divina, y que esta misma bondad alimenta y sostiene con su pensamiento, esto es, haciéndonos pensar en ella misma, y además tenemos que pensar en nuestros propios defectos; buscamos

(1) Q. LXXXII, a. III.

luego nuestro apoyo en el Señor, salud y fortaleza de nuestra alma.

Lo que acabamos de decir trae consigo una estimación incomparable, un aprecio muy grande de la devoción, y de esto el deseo de adquirirla. Si no la estimamos como es debido, ¿tendremos decidido empeño en alcanzarla? Y ya que la voluntad nace de la inteligencia y ésta no le revela los riquísimos tesoros que guarda en sí misma la devoción de que tratamos, ¿podrá la misma voluntad inclinarnos al servicio de Dios con la prontitud y la alegría que la devoción nos pide?

La Santa Escritura, hablando de la sabiduría, dice estas palabras: Yo he deseado la inteligencia, y me fue concedida; invoqué el espíritu de la sabiduría, y se me dió... La amé más que la salud y la hermosura... Todos los bienes me vinieron juntamente con ella, y he recibido por su medio innumerables riquezas... Propuse traerla para que viviera en mi compañía, sabiendo que me comunicará sus bienes y será mi consuelo en mis cuidados y penas... Su conversación no tiene rastro de amargura, ni causa tedio su trato, sino consuelo y alegría (1). Apliquemos todo esto á la devoción y apreciémosla cual riquísimo tesoro, y pidámosla con empeño y constancia á Dios Nuestro Señor, porque Él es su causa.

Obtiénese la devoción, nos ha dicho el Angel

(1) Sap. VII, VIII.

de las Escuelas, pensando en la divina bondad y en nuestra propia miseria. En efecto, ¿permaneceremos insensibles á la vista de aquella bondad incomparable que se inclina hacia nosotros, amabilísima y llena de ternura; que descubre el amor infinito que nos tiene, y sus cuidados por nuestra salud? Cual si olvidar pudiera su adorable grandeza, así se ocupa en nuestro bien, y nos dirige tiernísimas palabras de un cariño inmenso; no recordemos sino estas que hallamos en Isaías: Como una madre acaricia á su hijito, así yo os consolaré á vosotros y hallaréis vuestra paz y consuelo en Jerusalem (1). ¿En dónde podremos hallar expresiones más dulces, más llenas de amor y de ternura? Pensamos en la bondad de Dios; se pone delante de nosotros; nos tiende sus brazos con tierno cariño, y nos dice que es nuestra madre; nos brinda dulcísimas caricias é inunda nuestras almas de sus divinos consuelos. No ignora quiénes somos, y sin embargo, no nos niega su benignidad. No nos llega á olvidar un solo instante, ni retira de nosotros sus favores. Después de esto, ¿dejaremos de sentir la llama de su amor en nuestras almas? Traemos á la memoria estas palabras de un profeta: Sentí en mi corazón como un fuego abrasador, encerrado dentro de mis huesos y desfallecí, no teniendo fuerzas para sufrirlo (2). ¡Oh bondad divi-

(1) LXVI, 13.

(2) Hierem. XX, 9.

na, tenemos que exclamar, cuán amable eres!

Entramos después en cuentas con nosotros mismos, y nos preguntamos: ¿qué haremos para amar con todo el corazón; con todas nuestras fuerzas á la bondad dulcísima de Dios Nuestro Señor? Habiendo pensado en ella unos instantes, ¿dejaremos en nosotros un solo afecto que no le corresponda?—No, y mil veces no; pues debe reinar en nuestras almas con absoluto y soberano imperio, y á ella solamente pertenece todo nuestro afecto.

Si ponemos los ojos en nuestras miserias quedamos de nuevo asombrados, contemplando la dulzura inefable con que se digna tratarnos la bondad de Dios. ¡Cuánta es su indulgencia, cuánta su misericordia para con nosotros! No hay amargura en sus palabras, ni nos llega á descubrir en su semblante el más ligero ceño de su indignación. Amable, sufrida y paciente, disimula nuestros pecados y nos llama á la penitencia. ¿Quién nos ama ó puede amarnos como esa dulcísima bondad, fuente viva de gracia y de misericordia? Mientras más pensamos en nuestra propia indignidad y en la multitud de nuestras culpas, aumenta más y más el asombro de que estamos poseídos; y la caridad de Dios aumenta sus incendios en nuestro corazón; y sentimos vivísimos deseos y las más ardientes y abrasadas ansias de servir y agradar en todas nuestras obras á esa bondad incomparable, á quien todo lo debemos, que tanto nos ama y de quien todo lo esperamos.

Si la tristeza nos oprime, la bondad de Dios nos lleva al arrepentimiento, al más vivo y amargo dolor por haberla ofendido; y esos sentimientos de amargura y pena saben también inspirarnos fidelidad muy grande en el servicio de Dios Nuestro Señor, y nuevo y poderoso aliento para seguir en el camino de la virtud.

Si meditamos, pues, frecuentemente en la bondad de Dios y en nuestras propias miserias, alcanzaremos, mediante la divina gracia, la devoción de que tratamos.

II

Hemos dicho que si queremos alcanzar la devoción es necesario desearla; nuestros deseos, sin embargo, no producirán el resultado apetecido si no van acompañados de fortaleza y diligencia. En virtud de nuestra naturaleza, tan débil en sí misma y tan inclinada al mal, tenemos que hacernos una gran violencia para no seguir las sendas del pecado; si, pues, nuestros deseos para alcanzar la devoción no pasan de simples veleidades; si son remisos y están llenos de tibieza, con ellos jamás conseguiremos ser devotos. El perezoso quiere y no quiere; le estimula y atrae la devoción con sus purísimos encantos y con la suavidad de sus consuelos; mas le detienen las dificultades.

Á los perezosos les parece el camino un va-

llado de espinas, dice la Santa Escritura. Y también: El temor abate al perezoso, mete su mano debajo del brazo sin querer tomarse el trabajo de llevarla á la boca; sus deseos le consumen, pues sus manos no quieren trabajar ni poco ni mucho, y dice estas palabras: Fuera de casa hay un león, y si salgo seré muerto en medio de la calle. Si así fuesen nuestros deseos nada alcanzaremos, porque no hallaríamos en ellos el denuedo y la constancia que necesitamos para resistir nuestras pasiones. Asimismo tales deseos jamás llegarán á inspirarnos aliento y valor en nuestras empresas, y sin embargo, son indispensables los mayores esfuerzos, si no hemos de dejar el camino de Dios, si hemos de trabajar por su divina gloria.

De la misma manera siempre debe andar con nosotros la diligencia cristiana; pues bien sabemos que la mano desidiosa produce la mendicidad, mas la mano activa acumula riquezas (1). La mendicidad espiritual: ¡cuán triste sería para nosotros no tener el bien que anhelamos, la devoción! Causaríamos lástima; mas ¿quién pudiera darnos ese bien que descende de lo alto? Sólo Dios Nuestro Señor; pero Dios nos pide actividad y diligencia en nuestras obras. Todo cuanto pudieres hacer, dice el Eclesiastés, hazlo sin perder tiempo, pues que ni obra, ni pensamiento, ni sabiduría, ni ciencia, tiene lugar en el sepulcro, hacia el cual vas

(1) Prov. X, 4.

corriendo (1). Dios, decía un profeta, ha decretado abatir todo monte encumbrado, todo peñasco eterno, y terraplenar los valles al igual de la tierra para que Israel camine sin demora para gloria del Eterno... que le guiará alegremente con el esplendor de Su Majestad mediante la misericordia y la justicia que vienen del Señor (2).

Ved á los hombres del mundo mostrándonos con su ejemplo de qué manera debemos conducirnos en nuestros negocios. Esos hombres, por adquirir los honores ó las riquezas, ó bien para gozar de las delicias de la tierra, trabajan sin descanso; no les arredran las dificultades, y todo lo arriesgan por conseguir lo que desean, y sin embargo, los bienes á que aspiran no son inmortales como los que buscamos nosotros. Esto nos avergüenza y confunde, y hácenos recordar que los hijos de este siglo son más prudentes que los hijos de la luz. ¿Qué podremos contestar á esto? Busquemos, pues, á Dios, mas hagámoslo según decía Isafas: Si buskais, buscad. Ved la fortaleza, la diligencia y la constancia con que debemos hacerlo. Mas todo esto tiene que ser inspirado por el Espíritu divino, que es todo pureza, rectitud y sencillez. Sucede, sin embargo, muchas veces que estas hermosas justicias quedan manchadas por nuestras imperfecciones y miserias; por esto se nos

(1) IX, 10.

(2) Barne. V, 7-9.

dice en los Sagrados Libros que si separamos lo precioso de lo vil, seremos como la boca del Señor. ¿Mas qué haremos para conocer cuándo la fortaleza y la diligencia son á los ojos de Dios Nuestro Señor lo que tienen que ser, y están puras de la escoria de la debilidad humana? Los ejemplos siguientes pueden darnos luz sobre el particular. Se nos presentan sucesivamente distintas obras de virtud y santidad en que podemos ocuparnos para gloria del Señor; suponemos que sean igualmente agradables á sus divinos ojos, y que la gracia nos inclina á dedicarnos á ellas, y así lo hacemos desde luego; mas unas nos llenan de suavidad y de consuelo; nuestra misma inclinación nos lleva á practicarlas; otras, por el contrario, nos inspiran fastidio, y al ocuparnos en ellas lo hacemos con una repugnancia que no nos abandona. ¿Podremos estar satisfechos del espíritu que nos anima en las unas y en las otras? El espíritu de Dios es rectitud y sencillez; ¿de dónde proviene, por lo mismo, esa disposición de nuestro espíritu, que cambia su fortaleza y diligencia en debilidad y pesadez, según que son conformes ó contrarias á nuestras propensiones naturales las obras en que Dios quiere que nos ocupemos para darle gloria? De los misteriosos animales de Ezequiel está escrito que cada uno de ellos caminaba á donde le llevaba el ímpetu del espíritu; iban y no se volvían para caminar (1).

(1) 1-12.

Este es el ejemplo que debemos seguir: hagamos todo lo que Dios nos inspire con grande espíritu y fervoroso aliento (1).

Cierto es que muchísimas veces no está en nosotros el dejar de sentir las repugnancias que la naturaleza nos inspira, mas entonces precisamente la fortaleza tiene que desplegar sus energías y aumentar su prontitud la diligencia; entonces más que otras veces tenemos que empeñarnos por abrir en el fondo de nuestra alma las fuentes de la alegría y del gozo espiritual, y tanto más adelantaremos en el camino del Señor cuanto fueren mayores las violencias que tengamos que hacernos. Así separaremos lo precioso de lo vil y así llegaremos á ser como la boca del Señor.

La devoción tiene que engalanar con su hermosura todas las virtudes, y por esto sería muy imperfecta si la tuviésemos solamente en el ejercicio de algunas de ellas. Cuando el profeta Agab tomó el ceñidor de Pablo, y atándose con él los pies y las manos, dijo: Esto dice el Espíritu Santo: Así atarán los judíos en Jerusalem al hombre de quien es este ceñidor. Pablo dijo entonces: Yo estoy pronto, no sólo á ser aprisionado sino también á morir por el nombre del Señor Jesús (2). Tal es el modelo que debemos imitar. Estemos siempre prontos para cumplir en todo la voluntad de Dios, tanto en lo

(1) Mach., 1-3.

(2) Act. XXI, 11-13.

terrible y doloroso según la naturaleza, como en lo que sea conforme á nuestras inclinaciones, pues ni éstas ni lo doloroso y terrible tienen que ser el espíritu que nos anima en el servicio de Dios. Dios mismo y sólo el servirle, agradarle y cumplir en todo su voluntad divina: este es el espíritu de la verdadera devoción, que sólo á Dios tiene que buscar y sólo en Él tendrá que complacerse.



CAPÍTULO XXIV

MEDIOS PARA ADQUIRIR LA DEVOCIÓN

I

SIENDO tanta la influencia de la devoción en la pureza y esplendor de las virtudes, tratemos de los principales medios con que puede adquirirse.

Guarda tu corazón con toda vigilancia, porque de él procede la vida (1). Velar sobre nuestro corazón y nuestros sentidos y tenerlos en un santo recogimiento, es uno de los principales medios para conseguir la devoción. Del corazón procede la vida ó la muerte, según que estuviere exento de pecado, ó, al contrario, manchado con la culpa. El hombre bueno, del buen tesoro de su corazón, dice el Evangelio, saca cosas buenas; así como el hombre malo las saca malas del mal tesoro de su corazón,

(1) Prov. IV, 23.

porque de la abundancia del corazón habla la boca (1). Del corazón es de donde salen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios y los demás pecados (2). Por lo mismo, si procuramos que reine la santidad en nuestro corazón, de él procederá la vida, aquel hermoso entusiasmo, aquella prontitud alegre y animosa que nos lleva sin cansancio ni fastidio por el camino de todas las virtudes; la devoción, en fin, con todos sus encantos y la suavidad de sus consuelos.

Consiste el recogimiento de que hablamos en preservar el corazón de todo pensamiento inconveniente, de toda pasión desordenada y de todos los afectos que nos aparten de Dios ó nos entibien en la práctica de las virtudes. Dijo el Señor por Ezequiel: Os daré un corazón nuevo y pondré en medio de vosotros un nuevo espíritu; os quitaré el corazón de piedra y os lo daré de carne (3), y por Jeremías: Imprimiré mi ley en sus entrañas, y la grabaré en sus corazones, y yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo (4). ¿El espíritu de la devoción se difundiría en nuestros corazones, y la santidad de las virtudes quedaría en ellos impresa si estos fueran de piedra, si resistiesen á las inspiraciones de la gracia; en una palabra, si no fueran rectos y

(1) Luc. VI, 45.

(2) Matth. XV, 19.

(3) XXXVI, 26.

(4) XXXI, 33.

dóciles para con Dios Nuestro Señor? Mas la rectitud y la docilidad no son propias de un corazón disipado, ya que las pasiones lo manchan con su aliento y lo vuelven casi insensible á los amorosos toques de la gracia.

Hablando un Padre de la Iglesia de las disposiciones con que debemos prepararnos para celebrar los misterios de la Pasión del Hijo de Dios, dice lo siguiente: Son indispensables una devoción incesante y una reverencia continua que nos mantengan delante de Dios con tanta pureza cuanta es la que debe brillar en nuestras almas en el alegre día de la Pascua. Mas esta fortaleza es de pocos, y al disminuir la austeridad de la observancia por la debilidad de la carne, al derramar nuestro espíritu en los cuidados de esta vida, es necesario que se manchen con el polvo del mundo aun los corazones religiosos (1). Siendo esto así, ¿dejaremos de comprender que nos es indispensable el recogimiento del corazón si queremos conservar su pureza? El polvo del mundo se nos pega diariamente y nuestra debilidad aumenta sin cesar; limpiémonos de aquél alejando de nosotros los pensamientos y los deseos que lo vienen á depositar en nuestras almas, y estas se llenarán de fortaleza recogiéndose en sí mismas, si así pudiera decirse.

No hay duda, pues todos lo experimentamos; los pensamientos vanos, y más todavía los que

(1) S. Dámaso, *Serm. IV de Quadrag.*

directamente se oponen á la ley de Dios, y nuestros afectos demasiado humanos, todo esto nos roba la quietud del alma, oscurece la inteligencia y nos llena de pesadez y de fastidio hacia las cosas divinas. En tales circunstancias ¿en dónde está la devoción ó qué se han hecho las dulces alegrías de que gozábamos en las obras del servicio divino? Si la devoción ha desaparecido de nuestra alma, podemos decir que ésta ha perdido el esplendor de su hermosura, que no hay quien la consuele (1). ¿En dónde está, en efecto, en las obras que practica, el brillo de cándida pureza que tanto las embellecía en la presencia del Señor? Esas obras hállanse envueltas en la pesada y triste niebla de la tibieza.—¿Quién podrá consolarnos en el ejercicio de las virtudes cristianas si la devoción al separarse de nosotros ha llevado consigo su santas alegrías?

Si el corazón está continuamente recogido, guardará su tesoro; mas al contrario, llevándolo á la vista de todos, no faltará quien lo robe. Velemos, pues, sobre nuestro corazón, guardémoslo con todo esmero y diligencia siempre recogido; mas ¿será dable alcanzar lo que deseamos si al mismo tiempo no guardamos nuestros sentidos, por donde penetra hasta el alma la muerte del pecado? Esto prueba la necesidad que tenemos de la modestia cristiana, que tanto nos recomienda el Apóstol, si en nos-

(1) Tren. I, 6, 9.

otros queremos conservar el espíritu de devoción. Revestíos, nos dice, como escogidos que sois de Dios, de modestia.—Sea vuestra modestia patente á todos los hombres: el Señor está cerca (1).

El fin de la modestia es el temor del Señor, las riquezas, la gloria y la vida (2). Son los objetos á donde se encamina el recogimiento de nuestros sentidos al temor de Dios, sin el cual es imposible la devoción, y las riquezas, la gloria y la vida están como en seguro, siempre que las guarda la modestia cristiana y que las cubre con su manto, las sustrae á las miradas indiscretas, mientras ella misma déjase ver amable y agraciada é inspirando á todos un profundo respeto. ¿Por qué, pues, no ser modestos en nuestras miradas, en nuestras conversaciones y, en fin, en todo nuestro porte exterior? La gravedad y la circunspección, siempre atables y á la vez moderadas en todos nuestros actos, nos ahorrarán innumerables males, conservando en nuestras almas el espíritu de la verdadera devoción.

No ignoramos, por cierto, las funestísimas desgracias que ha ocasionado la libertad de los sentidos. Ahí están David con su triste caída para demostrarlo, y también la desgracia de Dina, que salió á ver, según refiere la Escritura, á las mujeres del país de Siquén.

(1) Colos. III, 12.—Phillip. IV, 5.

(2) Prov. XXII, 4.

Cuando concedemos á nuestros sentidos una libertad inconveniente, pronto tenemos que llorar los malos resultados de nuestra conducta. Los pensamientos trívulos entran unos en pos de otros en el corazón; nos llenan de inquietud y no nos dejan descansar un solo instante. En tales circunstancias, las inspiraciones con que Dios nos favorece pasan por nuestras almas sin dejar casi huella ninguna de su tránsito; las vemos un instante, mas luego las echamos en olvido, y ellas, como los que pasaban por el camino de Sión, podrán decir estas palabras: ¿Es esta la ciudad de extremada belleza, en otro tiempo el gozo de toda la tierra (1)? Y no han hallado en nosotros sino desolación y tristes ruinas. Tal es la causa de nuestros males. Se resintió el antemural y quedó arrasada la muralla, según la expresión de un profeta. Los sentidos, cuando permanecían en el recogimiento cristiano, guardaban nuestro corazón; mas abrieron sus puertas y los pensamientos y los afectos del mundo y de la carne entraron por ellas sin detenerse, y todo lo han convertido en un montón de ruinas.

El Señor, decía Jeremías, ha destruído toda la hermosura de Jacob; ha desmantelado en medio de su ira los baluartes de la virgen de Judá y los ha arrasado; ha tratado al reino y á sus príncipes como cosa profana (2). Este es el

(1) Tren. II, 15.

(2) Id. II, 2.

triste resultado de la libertad inconveniente de nuestros sentidos.

El vaso que no tuviese cubierta, decía el Señor, será inmundo (1); tal será nuestro corazón si no velamos sobre él procurando tenerlo siempre limpio de la más ligera mancha, si no sujetamos nuestros sentidos á las leyes de la modestia cristiana; y ¿podremos quejarnos si la devoción nos abandona, sino hallamos el menor consuelo en el servicio del Señor? Este es el origen de nuestros fastidios y cansancios, lo que ocasiona la tibieza que mancha nuestras buenas obras, y funesto presagio de mayores males; procuremos evitarlos guardando el corazón y no concediendo á los sentidos una libertad peligrosa.

II

La devoción levanta nuestro espíritu al Señor y nos dispone para cumplir su santa voluntad con noble esfuerzo y alegre prontitud, y nos lleva por todas las sendas de la santidad; ¿qué haremos, pues, para ser verdaderamente devotos, ya que tantos son los bienes que trae consigo la devoción? Habló el Señor al patriarca Abraham en estos términos: Yo soy el Dios omnipotente; camina delante de mí y sé perfecto (2). Este es un medio eficacísimo para

(1) Núms., XIX, 15.

(2) Gén. XVII, 1.

adquirir y conservar la devoción: la presencia de Dios.

En Dios vivimos, nos movemos y existimos; en ninguna parte estamos lejos de Su Majestad, porque Él se halla en todo lugar por esencia, presencia y potencia. Así nos lo enseña la fe y Dios nos da la vida, nos ve continuamente; su santidad es infinita, es omnipotente; su justicia no puede mancharse; su providencia jamás nos abandona; su hermosura encanta á los ángeles del cielo y se nos presenta á través de los velos de la fe; su bondad se derrama sobre nosotros en incesantes beneficios. Pensemos en estas grandes verdades, alimentemos nuestro espíritu con su dulzura, y la presencia de Dios producirá en nosotros el espíritu de la verdadera devoción.

Si somos justos viviremos de la fe, y esta te nos alimenta para la vida eterna trayendo á nuestras almas el precioso recuerdo de Dios Nuestro Señor, su santa presencia, y esto sucede cuando la misma fe nos pone delante de los ojos la majestad infinita del Eterno, su santidad y su justicia. ¿Cómo no temblar delante de ese Dios tan grande, tan santo y cuya justicia es infinita? Al pensar en esto llénase el alma de temor de Dios; mas he aquí lo que nos dicen los Libros Sagrados acerca del temor de Dios: Dichoso el hombre que teme al Señor; mucho se complacerá en sus mandamientos. Su descendencia será poderosa sobre la tierra; será bendita la generación de los justos. Abundarán la

gloria y las riquezas en su casa y durará para siempre su justicia (1). El que teme á Dios hará buenas obras, y quien observa exactamente la justicia poseerá sabiduría. El temor de Dios se sobrepone á todas las cosas. Dichoso el hombre á quien le ha sido concedido el don del temor de Dios; ¿con quién compararemos al que lo posee? El temor de Dios es el principio de su amor, mas se le debe unir el principio de la fe.—Al que teme al Señor nada malo le sucederá; antes bien, en la tentación Dios le guardará y le libraré de males (2).

La presencia de Dios no nos enriquece solamente con el santo temor, si que también nos hace ejercitar en todas las virtudes. Esa presencia nos manifiesta con suma claridad el amor de Dios hacia nosotros, amor de tiernísimo padre que nos lleva en sus brazos y nos libra de todos los peligros; que no nos olvida ni un solo instante, que siempre está con nosotros para hacernos bien, y esto con una ternura incomparable. ¿Cómo no pensar en Él á fin de bendecirle y de glorificar su santo nombre? El corazón no permanece indiferente cuando así lo conmueve la presencia de Dios: le ama con todos sus afectos y se pone sin reserva en manos del Señor.

La presencia del Señor, que nos hace temerle y amarle, llena nuestra alma de delicias y

(1) Ps. CXI, 1-3.

(2) Eecé. XV, 1.—XXV, 14, 16.—XXXIII, 1.

establece entre Dios y nosotros una familiaridad amorosísima, una confianza filial, porque su benignidad y su clemencia nos descubren sus divinos atractivos con una dulzura incomparable. Cual si olvidase Dios su majestad y su grandeza, se nos acerca lleno de bondad, nos habla al corazón, quiere que le amemos y Él mismo nos inspira lo que hemos de decirle: Abba, pater; padre, padre mío; y le revelamos como al más amoroso de todos los padres todas nuestras miserias y necesidades, le pedimos sus gracias, ponemos en Él nuestra confianza y le abrimos todo nuestro corazón. ¡Qué expresiones tan llenas de humildad y de ternura le decimos entonces y qué afectos tan ardientes!

No hay delicias que puedan compararse en esta vida con las que gozamos en el seno de nuestro Padre amorosísimo, tan indulgente y compasivo para con sus hijos, y nadie puede arrancarnos de ese seno bendito, de esos brazos divinos en que el Señor nos lleva, porque en todas partes Él está con nosotros; en Él vivimos, nos movemos y existimos.

Si desgraciadamente nos apartamos de Dios por el pecado, la presencia de Dios hácenos volver á Él por medio del arrepentimiento y del dolor. Ha visto nuestras maldades, nos ha podido castigar y no lo ha hecho, porque Él es una bondad infinita y no quiere que seamos eternamente desgraciados; quiere, sí, la salvación de nuestras almas. ¡Cómo no llorar con

inmenso dolor por haber ofendido á un Dios tan bueno y que tanto nos ama!

De esta manera, la presencia de Dios, inclinandonos á la práctica de todas las virtudes, conserva y aumenta en nuestras almas el espíritu de la verdadera devoción, y va con nosotros por todos los caminos de la santidad y la justicia. No olvidemos, pues, al que nunca se olvida de nosotros, y sea nuestra dicha pensar continuamente en Él y trabajar sin descanso por su santa gloria.

Podemos también mantener en nuestras almas la presencia de Dios pensando en Jesucristo; que la fe nos abra los cielos y veámosle sentado á la diestra de Dios padre: ¡oh cuánta es la gloria del Unigénito de Dios! Los ángeles le adoran y le bendicen y se rinden á sus pies divinos, y el Padre le dice estas palabras: Tú eres mi Hijo; hoy te he engendrado. Jesucristo le presenta sus preciosas llagas y ruega por nosotros. Pensamos en todo esto llenos de amor, de gratitud y de confianza. No nos olvida un sólo instante, ofrece por nosotros sus méritos divinos y sus ruegos son omnipotentes.

Si la fe vuelve nuestros ojos al sagrado tabernáculo, donde le encontraremos siempre pensando en nosotros y mostrándonos el amor que nos tiene, ¿cómo no pensar en Él ni tenerle presente cual si le viésemos con los ojos del cuerpo?

Todas las criaturas pueden servirnos para conservar la presencia de Dios en nuestras al-

mas. Para el hombre, dícenos el amable San Alfonso, ha creado Dios el cielo, la tierra y todo lo que contiene; el firmamento con sus estrellas y planetas; el mar con los ríos y las fuentes; las montañas y las llanuras; los metales; los árboles con sus frutos, y todos los animales de mil especies diferentes. Y todo esto lo ha creado Dios para servicio del hombre á fin de que le ame en agradecimiento de tantos dones. Señor mío, exclamaba San Agustín, cuanto veo en la tierra y sobre la tierra, todo me habla y exhorta á amaros, porque todas las cosas me dicen que las habéis creado por mi amor. El abad Rancé, fundador de la Trapa, cuando desde su retiro se detenía á mirar las colinas, las fuentes, los pájaros, las flores, las plantas, los cielos, sentía que cada uno de estos objetos le movían á amar á Dios, que por su amor los había criado.

Igualmente Santa María Magdalena de Pazzis, cuando tenía en las manos alguna flor hermosa, sentíase enardecida en su amor á Dios, y exclamaba: ¡Conque mi Señor ha pensado desde la eternidad en criar esta flor por mi amor! Y así aquella flor transformábase en saeta de amor que la hería y la unía más á Dios. Del mismo modo Santa Teresa, viendo los árboles, las fuentes, los arroyuelos, las playas ó prados, decía que todas estas hermosas criaturas le recordaban su ingratitud, pues amaba tan poco al Criador que les había dado el sér para que ella le amase. No está demás

recordar lo que se refiere de un devoto solitario. Caminando por el campo, le parecía que las yerbecitas y flores que encontraba le reprendían su ingratitud para con Dios, por lo que las golpeaba con el bastón y les decía: Callad, callad; vosotras me llamais ingrato, y me decís que Dios os ha criado por mi amor, y que yo no le amo; mas ya os entiendo, callad, callad; no continuéis reprendiéndome (1).

(1) *Prác. del amor á Jesucristo.*

